

# su Caracol Beach

5

## El panadero y su pan

En el verano de 1989, Gabriel García Márquez impartió un taller de guión a diez alumnos de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de Los Baños. Cuba. Yo fui su asistente. Entre las mil y una historias que nos contamos estaba la seductora pesadilla de cuatro jóvenes puertorriqueños que habían sido acosados toda una noche por un asaltante de caminos, sin más detalles. Ante la carencia de datos precisos, los talleristas aportamos nuestras propias soluciones. Alguien dijo que el personaje debía ser un asesinato nato; otro sugirió que fuese alcohólico. Mejor, mudo. Drogadicto. O quizás armenio. "¿Y no sería oportuno incluir en algún episodio el acoso de un tigre de Bengala?", comentó un estudiante de Nueva Delhi durante una animada sobremesa. Gabriel propuso que fuese un sicópata de guerra y que llevara tatuados en el brazo izquierdo los nombres de sus muertos particulares. Yo consideré que debía encarnar a un suicida. Un pobre diablo. Casi un inocente. El loco quedó en el aire. Un año después supe de un marine de La Florida que había secuestrado en Port-au-Prince a una prostituta dominicana y, a cambio de la liberación de la rehén, sólo exigía que lo mataran en el intento de rescate.

Le cumplieron con seis impactos de bala. Luego, en Madrid, me contaron de un gallego, que en la cruda de una borrachera, se ahorcó con la corbata porque estaba convencido de que era responsable de la muerte de sus dos mejores amigos -que no habían fallecido, todavía. A la mañana siguiente, por esas casualidades de este mundo, los susodichos perecieron en un absurdo accidente de tránsito, camino al entierro del ahorcado. En 1994, en México, García Márquez me pidió que escribiera algunas de aquellas embrionarias ficciones del taller, y como tuve vía libre, el asaltante de caminos pasó a ser un veterano de California en la guerra d Vietnam, un marinero argentino en la guerra de las Malvinas, un combatiente sandinista en la guerrilla nicaragüense, un terrorista palestino en la guerra del Medio Oriente, un artillero soviético en la guerra de Afganistán, un piloto inglés en la guerra de Irak, un miliciano croata en la guerra de Bosnia, hasta que terminó convertido en un soldado cubano en la guerra de Angola, 1975-1985. Guerras no faltan. La posible película nunca se realizó. Por último, hace dos años volví a leer un cuento de Gabriel que empieza con esta frase que es, en sí misma, una joya narrativa: "Como es domingo y ha dejado de llover, voy a llevar un ramo de flores a mi tumba". Entonces me senté a escribir esta novela sobre el miedo, la locura, la inocencia, el perdón y la muerte.

E. A.



NOVELA

- Quien habla sola de sus maldades se acuerda.

- Cierto.

- Si prefieres te llevo a tu casa.

- Primero muerta. Secuéstrame.

- No sería mala idea.

- Eres un tipo magnífico -dijo a Theo pero pensando en Tom, y cuando

pronunció la palabra "gracias" estaba queriendo dar una disculpa. Bajo el neón

de la luna se preguntó qué diablos hacía a bordo del Toyota descapotado de

Theo si lo que deseaba era acostarse en la cama a soñar que Harrison le besaba

la espalda y le hundía los dedos en el pelo, amasándole el cuero cabelludo,

dominándola suave, electrizándola suave, mientras ella bocabajo, erizada,

entreabría las piernas en clara señal de rendición y se frotaba el pubis con los

pliegues de la sábana, suave, y mordía la punta de la almohada, la chupaba

para descubrir en la lengua que el sabor a almidón de la tela la iba

enloqueciendo de placer. Cada sueño empezaba con las caricias de Harrison

Ford y terminaba con una torpe pero deliciosa penetración de Tom, nunca en

el Toyota del profesor Uzcanga. Así es la vida.

- Así es la vida.

- Una gota de anís resbala por tus muslos con la indiferencia de un barco

que se aleja -dijo Theo, citando a Francisco Hernández.

- No empleces -dijo Agnes.

En el Dos Gatos Tuertos había un frío de Iglú. Lo primero que Agnes comprobó

al entrar fue que no colgaban espejos en las paredes. Lo segundo, que el asmático

maestro de literatura del Instituto Emerson tenía buen tino al elegir sus cuevas.

Lo tercero, que ella no conocía a nadie. Esa tarde, antes de asistir a las fiestas

de graduación, Theo había reservado por teléfono una mesa para dos, próxima

a la pista, "su mesa" decía con orgullo, y tanta anticipación en los planes, tanta

seguridad en el éxito, se le hizo a la instructora parte de un complot sospechoso.

Trató de restarle importancia al asunto porque el hecho de que fuera sospechoso

no equivalía necesariamente a que resultase desagradable. "Lo que pasa,

conviene", pensó. No había acabado de ocupar su sitio en la mesa cuando dejó

en claro una sana voluntad de independencia: sin contar con su galán, saltó al

ruedo y se sumó a los bailables de la concurrencia en femenino desafío. Theo

disfrutó la escena. El bolero se prestaba para que los hombres menos dotados

por la musa Terpsicore sacaran a bailar a sus acompañantes y cumplir de esta

manera con uno de los requerimientos fundamentales de una invitación al

cabaret, pero la irrupción de la intrusa les echó a perder la fiesta. Ni siquiera le

prestaba real atención al bolero. Contorsionaba el cuerpo, haciendo intolerable

la desigual competencia. Las parejas se fueron rindiendo una a una y abando-

naron el campo. Terminó la música y la atleta seguía danzando lejos de las

candilejas. Theo la llevó a la mesa -si no, ¿saben qué?, si no Agnes aún estaría

en la pista, de espaldas al paredón, bailando con nadie. Así es la vida. Así Total.

Una... El hipo cortó la frase pero iba a decir "mierda".